



El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

¿Qué significa ser plebiscitado?

¿Hubo realmente una disputa que enfrentó, en el curso de la semana pasada, al presidente de la República con el más importante de sus ministros? Si fue una pelea y no una exageración de algunos mentideros, luego repetida hasta el hartazgo por la prensa, ¿cuáles fueron sus alcances y su resultado? Vayamos por partes. La relación de Néstor Kirchner con Roberto Lavagna es especial en dos aspectos diferentes: por de pronto, no es este último un amigo o un incondicional del santacruceño, como Zanini, De Vido o Alicia Kirchner, por ejemplo. La segunda y quizá fundamental característica de su vinculación es que el trato con Lavagna se atiene a las generales de la ley del respeto y la consideración. No se le ocurriría al primer mandatario gastarle bromas a Lavagna del tenor de las que ha enderezado a expensas del titular de Defensa o del mismísimo jefe de Gabinete. Tampoco hacerle desplantes como los que, en más de una oportunidad, ha sufrido el canciller, Rafael Bielsa.

Kirchner y Lavagna son dos hombres de carácter; los dos tienen ambiciones políticas y, cuando menos hasta ahora, se necesitan el uno al otro. La diferencia esencial es que, salvo imponderables, Kirchner debe completar el período para el que fue electo; Lavagna, en cambio, como todo ministro en todo momento y lugar, no deja de ser un fusible.

¿Se pelearon? Estrictamente no hubo disputa abierta, aunque sí algún roce nacido de la extrema susceptibilidad del Presidente que creyó que la mención al setentismo de las últimas declaraciones de su ministro de Economía estaban dirigidas, por elevación, a él. El asunto no escaló ni

pasó a mayores. Bastó una conversación entre ambos para despejar cualquier duda que pudiese existir. Pero han quedado flotando en el aire las críticas que ensayara Lavagna hace siete días. ¿Por qué las hizo? ¿A quien se refería concretamente? Es un secreto a voces la pésima relación que existe entre él y dos de sus colegas del gabinete, funcionarios, además, del riñón presidencial: el ministro de Infraestructura, Julio De Vido y el jefe de Gabinete, Alberto Fernández, al extremo de que quienes conocen a los personajes y la naturaleza de su rencillas, aseguran que no tienen retorno.

Lavagna, que es más realista y cuidadoso que el ala política de esta administración, sospecha que las necesidades electorales pueden jugarle a su plan una mala pasada si desde otros despachos —más cercanos a los del Presidente que el suyo— se alientan ideas reñidas con la ortodoxia fiscal reinante. Lavagna, en resumidas cuentas, al hacer las declaraciones que son de público conocimiento, se curó en salud sin siquiera imaginar que sería Néstor Kirchner el que reaccionaría no abierta pero sí críticamente. Zanjadas las diferencias, está claro que el santacruceño no tirará por la borda el esfuerzo que han venido realizando con Lavagna para dotar de sustentabilidad a su programa económico. Kirchner puede tener en materia cultural veleidades de izquierda, pero no es ni por asomo un populista. Lavagna —que es su subordinado y ha llegado a conocerlo razonablemente bien— lo sabe sin necesidad que nadie se lo cuente. Por eso su mención al peligro setentista no estaba dirigido contra Kirchner.

Ni Lavagna pensó seriamente en renunciar ni Kirchner estimula tras bambalinas una campaña contra aquél. Es que ninguno juega con fuego en materia económica y si alguna vez, hace treinta años, flirtearon uno y otro con el populismo, los resultados que cosecharon fueron tales que terminaron desengañándose de manera completa. No hay rastros —visibles al menos— del funcionario que acompañó a José Ber Gelbard en su paso por el gobierno, junto a Miguel Revestido. Tampoco Kirchner es el joven que blasonaba de revolucionario con algunas organizaciones de la izquierda peronista en la Universidad de la Plata. Podrán hacerle —sobre todo el Presidente— concesiones a la nostalgia desde el discurso, pero no comen vidrio.

Es cierto que un sector del duhaldismo no descarta la posibilidad de que, finalmente, Lavagna abandone su actual cargo y se lance a disputar la presidencia en el 2007. Es cierto también, como dijimos más arriba, que el titular de la cartera de Hacienda le tomó el gusto a eso que llaman política. Pero, en tren de apuntar certezas, Lavagna sabe que, mientras a Kirchner le vaya bien, el peronismo

—como es su costumbre— se encolumnará prácticamente en su totalidad detrás del jefe. En buen romance: el mejor lugar hoy para Lavagna —y él lo sabe— es el que ocupa y de ahí no se moverá.

Sobre todo porque, conforme transcurre el tiempo que falta hasta las elecciones, más y más va quedando en claro que los riesgos que deberá enfrentar el peronismo no son de consideración y, por lo tanto, Kirchner conseguirá finalmente lo que más desea en este mundo: ser plebiscitado. En un reportaje que le concedió a un matutino de la Capital, el pasado día domingo, el Presidente dijo por primera vez —atajándose por anticipado de cualquier especulación que pudiese ensayarse después de los comicios— que el plebiscito, según lo entiende, no requiere una cosecha de votos superior al 50%. La idea conforme a la cual, si Kirchner no obtuviese la mitad más uno de los sufragios, resultaría un fracaso su plan, parece no entender en qué consiste la estrategia de la Casa Rosada.

Kirchner ha empezado a fogonear la idea de que: 1) carece del poder que necesita para sacar al país adelante; 2) que si no obtuviese un respaldo suficiente en octubre no valdría la pena seguir; 3) que es necesario superar la debilidad que implica haber llegado al gobierno con apenas el 22% de los sufragios y 4) que, por ende, debe ser plebiscitado. Poco importa que nada de lo dicho sea cierto. Como ideas fuerzas o latiguillos de una campaña están bien pensados, a condición de dejar en claro qué entiende por ser plebiscitado. Pues bien, Kirchner se encargó de ponerlo en claro y dijo algo lógico: no es sacar el 50,1 % de los votos sino cosechar una diferencia considerable respecto de aquel 22 %. ¿De cuánto? No lo aclaró y no lo hará nunca porque sería meterse en camisa de once varas. Además, no necesita hacerlo.

Lo que nos hemos cansado de escribir en estas mismas crónicas desde hace meses, se va cumpliendo, paso a paso, en punto a las elecciones. Primero, Kirchner unificó el día de los comicios, con lo cual los nacionalizó de hecho; segundo, se lanzó a negociar con los distintos caudillos territoriales peronistas que le abrieron las listas de diputados a sus hombres; tercero, lanzó la consigna del plebiscito sabiendo, de antemano, que el peronismo no podía perder a simple pluralidad de sufragios en octubre y, cuarto, piensa atribuirse, el 23 de octubre a la noche, el triunfo del peronismo como propio. El último bordado ha sido el anuncio de que no aspira a tener el 50%, sino a lograr una victoria con la suficiente diferencia respecto del 22% del 2003 como para considerarse satisfecho y obtener el poder que desea. De momento, tiene las cosas bajo control y carecería de

sentido preguntarse ¿hasta cuándo? Porque no hay peligros –de esos que podrían poner en duda la estrategia para octubre– en el horizonte del gobierno. Hasta la semana próxima.

Compacto y destacado

- Diferentes señales confirman nuestro pronóstico de enfriamiento de la economía.
 - Creció 0,3 % mensual en marzo. El aumento promedio en los tres primeros meses fue de sólo 0,2 % contra 0,6 % promedio en el mismo período del año pasado.
 - La actividad industrial cayó 0,4 % mensual desestacionalizado en abril.
 - El desempleo en el primer trimestre se elevó a 13 % contra 12,1 % que había alcanzado en el último del 2004.
 - Cabe hacer notar que el pobre desempeño de la actividad en el primer trimestre (EMAE) y abril (EMI) ocurre a pesar de que algunas industrias adelantaron producción en previsión de interrupciones en el suministro de energía.
 - Según datos de la Fundación Observatorio Pyme, las ventas efectuadas por esas compañías en el primer trimestre crecieron sólo 0,4 % anual.
 - El cociente entre la cantidad de las empresas que aumentaron sus ventas y de aquellas en que decrecieron cayó en marzo al menor valor de la serie.
- Frente a la inevitable opción entre algo de inflación o algo de enfriamiento, en los próximos meses veremos el predominio inicial del segundo.

El desempeño de mayo podría arrojar una nueva desaceleración de la economía, desempeño que podría repetirse de aquí a agosto.
- Al menos cinco puntos del crecimiento de 2005 son arrastre estadístico del 2004. Pero para el año próximo el arrastre no llegará a 2 %.
- Las crecientes liquidaciones de divisas por la cosecha gruesa en las próximas semanas impedirán mantener el tipo de cambio alto sin recurrir a mayores adquisiciones –y emisión– por parte del Banco Central.
 - Ello obligará a también crecientes niveles de absorción monetaria y paralela suba de la tasa de interés.
 - Altas tasas de interés unidas a tipos de cambio futuro no consistentes con ellas (baratos) dan lugar a un creciente ingreso de capitales especulativos.

-
- Un flujo de esas características resulta contraproducente, pues tiende a una mayor apreciación del peso, lo que es respondido con crecientes compras del Central para sostener el tipo de cambio y consiguiente suba de tasas para neutralizar la correspondiente emisión, realimentándose el problema.
 - Los crecientes costos industriales –consecuencia, entre otras, de la notable puja salarial–erosionan la rentabilidad y constituyen una amenaza para la actividad (antes que para la inflación) en industrias competitivas con demanda elástica.
 - A esto se agrega el enfriamiento de la construcción y la caída de la inversión por parte del agro –dos sectores que motorizaron la recuperación de los dos últimos años– y los riesgos de escasez de energía para la industria.
 - Ninguna de las principales obras previstas –dos centrales de ciclo combinado, terminación de Atucha II, elevación de la cota de Yaciretá– estará concluida antes de 2008.
 - Se prevé un desbalance creciente hasta 2007.
 - Se requiere un nivel mínimo de inversión anual de entre U\$ 3000 MM y U\$ 3500 MM para sostener una tasa de crecimiento económico del 5 %.
 - La creciente conflictividad sindical y factores estacionales arrojan sombras sobre las perspectivas de inflación para el último cuatrimestre.

Pero no debiera introducir complicaciones de seriedad en el panorama electoral del oficialismo para octubre.
 - Mantenemos los viejos vicios.
 - El riesgo estatal absorbe más de dos quintas partes de los activos de los bancos.
 - El 57,5 % de las carteras de las AFJP son bonos públicos.
 - Prolongarán el plazo mínimo de permanencia de fondos provenientes del exterior.

El ingreso de capitales especulativos es estimulado por la suba de las tasas locales y la expectativa de una apreciación del peso.
 - Asegurar octubre: sorpresivamente, el gobierno concedió diez años adicionales de licencia a radios y canales de televisión.

Recién a partir de 2015 comenzarán a contarse los años remanentes de licencia.
 - Asustado por el decidido retiro de Santa Fe, el gobierno nacional acelera negociaciones con Aguas de Suez para evitar otro desplante del grupo galo.
 - Kirchner habría ordenado alcanzar un acuerdo en forma inmediata.
 - El aumento inicial sería del 20 % para todos los usuarios y otro 20 % se aplicaría en 2006.

-
- Los accionistas de Aguas Argentinas accederían a financiar poco más del 50 % del plan de obras previsto (\$ 400 MM).
 - Luego de hostigarla y amenazar con retirarle la concesión durante meses, la decisión del grupo Suez de terminar el tira y afloje y devolver la misma dejó al gobernador J. Obeid en una difícil posición, sin saber cómo resolver la continuidad del servicio.
- No hay acuerdo en el PJ respecto a la renegociación con las terminales portuarias, en que se les concede que mantengan dolarizadas sus tarifas (lo que podría configurar un trato discriminatorio hacia las compañías de servicios públicos).